





# SEMBRADOS DE CARROÑA



Ángel R. Larrosa

# SEMBRADOS DE CARROÑA



Primera edición: marzo 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ángel R. Larrosa

© Celina Cedro: fotografía de solapa

© Laura Insa: fotografía de portada

ISBN: 978-84-19748-28-7

ISBN digital: 978-84-19748-29-4

Depósito legal: M-8470-2023

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para Esther, por tanto, por todo lo que me diste y por creer  
en mí a pesar de todo.*

*En tu ausencia siempre presente.*

*Para Cai, por tu apoyo, por tu comprensión, por haber sido  
capaz de ser sin dejar de ser tú.*

*Gracias por estar.*

*Y dedicado a todos aquellos que son arrastrados a un cam-  
po de batalla y acaban siendo siembra para los buitres.*





*En un lugar cercano, Villar de los Navarros, se dio ayer una batalla en la cual quedaron vencidos los que aquí llaman facciosos, mandados por Buerens. Perdieron mucha gente; corrió sin tasa la sangre. ¡Oh desdicha, oh tiempos! El brazo derecho y el brazo izquierdo de la Nación, contra el pecho de esta descargan a compás furibundos golpes. ¡Cuánto he visto, Dios mío, y cuántas abominaciones me permitirás ver todavía!*

BENITO PÉREZ GALDÓS, *La Estafeta Romántica*

*La batalla de Villar de los Navarros fue la última batalla romántica con formaciones previas, elección de campo, toques de clarines, paladines y corceles, lanzas y gonfalones. Solo faltaban las tribunas con damas enjubonadas de capirotos puntiagudos y mangas de alforja.*

JOSÉ MARÍA AZCONA y DÍAZ DE RADA. Prólogo a su traducción de *Recuerdos de la Guerra Carlista* de Félix Lichnowsky

*Los prisioneros de Herrera fueron verdaderos mártires de la libertad: su memoria es bendita, así como la historia y la humanidad deben maldecir la de sus verdugos.*

ANTONIO PIRALA,  
*Historia de la Guerra Civil y de los partidos Liberal y Carlista*, 1869

*La historia no cuenta hechos más horrorosos. Podrá ser, y aún estoy casi seguro, de que nuestros descendientes tendrán por fabulosa esta narración: Sin embargo y por desgracia no hay cosa más cierta.*

Carta del general Solano a Galería Militar Contemporánea,  
publicada en el tomo dos, Madrid 1846



PRIMERA PARTE

Agosto 1837

Hacia Cantavieja

(Buitres)



*Es ley de guerra que los vencedores traten a los vencidos a su antojo.*

JULIO CÉSAR

*...tendidos en tierra, eran ya más gratos a los buitres que a sus esposas.*

HOMERO



# CAPÍTULO 1

24 de agosto de 1837, Herrera de los Navarros

Silencio a pesar de los relinchos, a pesar de los chirridos de los carros de intendencia que inician la huida: cocinas, matarifes, aljibes, herrerías.

Silencio. Silencio a pesar del ruido, a pesar de la retaguardia. Silencio.

Silencio a pesar de la cháchara de las prostitutas que discuten sobre marchar o quedarse.

nuevos clientes, nosotras no tenemos nada que temer

Retaguardia en derrota. Retaguardia silenciosa.

Silencio que Cesárea Láinez siente en las palmas de las manos, en las sienas, entre las costillas, como un puñal que lacera poco a poco músculos, tendones, venas, y deja en el hueso una leyenda imborrable: aquí estuvo la incertidumbre.

Y el miedo.

Y el temblor.

Y el pasmo.

Sudor de canícula de agosto, sudor de fuego a discreción más sudor de lágrimas ahogadas por prematuras.

No, esperad, esperanza, ahuyentad la muerte, él no. Mis pies, raudos, separándose de los adoquines para volver a ellos me lo di-

cen: él no..., él no..., él no... A cada paso, a cada avance; aunque tropiece y trastabille y caiga y me levante, y vuelva a caer.

Cesárea corre.

Corre hacia los corrales.

Atraviesa el cauce del río.

Por las callejuelas que rodean la iglesia.

Corre hacia el arrabal del pueblo. Hacia el camino de Valdela-fuen. Corre esquivando el silencio de retaguardia asustada movilizándose en la huida. Corre hacia el humo de los cañonazos, hacia los disparos cada vez más esporádicos, hacia la sangre, hacia los muertos.

No. Hacia mi muerto no corro, no corro, no corro. Él no.

Otro paso, talón al suelo, dedos que le impulsan, garras que agarran el aire.

Último corral y el ascenso hacia la ermita.

Sube, sube, sube más. Camino empinado.

Inspiración exhalación.

Polvo que impregna, que llena pulmones, piedras que golpean la planta de los pies.

Arriba, arriba. Hay un arriba que es un final.

Lo ve: el barranco, y la derrota.

Ve soldados que huyen y se dispersan.

Disparos que los matan.

Huele a pólvora.

A caballos sin jinetes.

Cañones sin artificieros.

Rifles sin fusileros.

Uniformes atravesados vistiendo carne ya muerta.

Boinas rojas que continúan matando, rematando. Bayonetas que ensartan a los caídos.

Huele a viudas, a huérfanos, a grito desgarrado de madre.



Cesárea lo huele, huele la derrota.

A vino agrio.

Cae junto a una encina. Su cuerpo delgado se recuesta sobre ella ahuyentando a una lagartija que se esconde entre las piedras de un murete. Su cuerpo delgado cabría entre esas dos piedras. Cueva. Oscuridad. Silencio. Escondite. Pero no se esconde.

Respira. Respira tierra. Respira. Respira humo.

Respira miedo.

Su pelo negro se enzarza en la corteza del tronco. Hay líquenes amarillos y verdosos en la piedra en la que apoya la mano.

Respira.

Se fuerza a respirar.

Pasa el tiempo, inconcreto y denso.

Miembros rígidos, inamovibles, sobre el árbol, sobre el suelo, siendo tronco, siendo suelo.

Poco a poco el silencio se hace más silencio a su espalda. Silencio de vacío, de pueblo vacío, de pueblo vaciado.

La lagartija, confiada, ha vuelto a salir y aprovecha los últimos rayos de sol. Cae la tarde, el cielo se enrojece: espejo del campo de batalla.

Deja de respirar por un momento.

Abre los ojos.

Abre mucho los ojos, sus ojos negros.

Mis ojos negros, premonitorios. No, premonitorios no, él no, luto sí: mantilla negra y misa de difunto. Siempre, tras cada batalla, pero yo no, él no.

Ve muchos jinetes, muchos soldados, muchas boinas rojas. Van hacia allí, hacia el pueblo.

Ascienden, descienden, desaparecen por un momento.

Ascienden, descienden, reaparecen tras un momento.

Se levanta y corre de regreso al pueblorretaguardiasilencioderrota; la lagartija cambia de piedra, va a la que permanece al sol.

No hay nadie, nada queda de eso llamado retaguardia en esas calles; en cambio, algunos vecinos del pueblo empiezan a salir de sus casas entre asustados, preocupados, curiosos... Primero los hombres, con la hoz al cinto, por precaución, y con la boina bien calada, por no ser reconocidos. Por si acaso, por un quizás.

Cesárea se detiene junto a la puerta de la iglesia. Junto al cauce del río que atraviesa el pueblo como una cicatriz.

Rajadura que le deja, parpadeo a parpadeo, ese silencio apuñalando.

Que se rompe.

Alguien tañe las campanas. Alguien la ve y le grita. La reconoce como del ejército cristino, como isabelina, como liberal, como esposa de un oficial, y ese alguien grita a todos.

Sale de algún portal una mujer. Puta, escucha Cesárea.

También las campanas repican a puta. Pu...ta. Pu...ta. Pu...ta.

Vuelve a correr, por las callejuelas, hacia los huertos, siguiendo el río, un hilo de agua en el que chapotea, un hilo con el que coser la vida y la esperanza.

Enhebrar.

No ha muerto, él no ha muerto.

Y allí están las putas, el carro de las putas, con su lona en forma de bóveda. La ayudan a subir.

sube, rápido

La esconden.

Al cabo de nada llega ruido de fricción de sayas, de faldones, de hoces segando juncos, posibles escondites, acercándose al carro. Voces que la llaman.

¿dónde estás, Pu...ta?

Que la amenazan.

te sacaremos los mondongos y el hígado  
una cuchillada por cada uno de nuestros cerdos que os habéis comido  
morcilla de puta liberal para cenar

Una mano levanta la lona, hoz amenazadora en ristre.  
Le hablan una puta tras otra.

te conozco, encanto, bonito lunar en el anca que tienes  
yo también, ¿y tu esposa?, ¿cómo está?  
es aquella, ¿verdad?  
sí, esa de la verruga en la mejilla derecha  
la amiga del cura, ¿verdad?

—¡No está aquí, solo las putas! —dice la voz de la hoz gritando.

—Marchad —les dice la voz de la hoz susurrando.

—¡Que se vayan! —dice la voz de la hoz de nuevo al grito.

—¡Arre, mula! —dice una puta, e insiste—: Arre, arre.

La tartana, bamboleándose, arranca tras el resoplido del animal.

De entre algunos bultos sale Cesárea.

—Gracias, muchas gracias.

Son tres las putas.

¿qué tal se te da abrir las piernas?  
se te ve lozana.  
seguro que tienes un coñito poco usado  
y el culo por estrenar

La carcajada en la que estallan las tres de dentro del carromato  
hace medio sonreír a Cesárea muy a su pesar.

Más la cuarta, la que arrea el mulo desde el pescante y que entra  
en la conversación, pero sin risas.

—¡Dejadla en paz!, ¿no veis que está de luto? Acaba de morir su

marido —les dice Helena a las otras agitando el ramal.

—No, él no, él no ha muerto. Seguro que no ha muerto, lo noto en las costillas, junto al corazón.

—Tus costillas pueden decir lo que quieran —ahora, la del pescante, se dirige a ella—, pero los muertos han sido muchos, he oído que más de mil.

—Él no.

—Y si no, prisionero. Tiene los días contados. Ya sabes lo que le gusta fusilar a todos estos: carlistas y cristinos.

—A él no.

—Sí, también a los tuyos. Joder, son unos carniceros: pum, pum —la del pescante simula tener una pistola en la mano y dispararla—. Y me importa una mierda si a quien mato es paisano o pariente. Y que se lo coman los buitres, o los lobos. ¡Arre, mulo! Larguémonos de aquí. Chicas: ¿a Belchite?

vale

bien

sí

—¡No! Yo me quedo. Dejadme bajar. Iré a buscarle.

—¿Estás loca? ¿Pero no has visto a esa jauría? Cualquiera cosa que huela a liberal está muerta. Y tú, antes de muerta, imagínate... lo del culo será poco. Vente con nosotras, al menos le sacarás beneficio a tus agujeros.

—No, no. Vale, me habéis salvado la vida y os lo agradezco en el alma, os lo debo y nunca podré pagároslo.

—¿Pagárnoslo? En fin...

—Cuando encuentre a mi marido os ayudaré en lo que necesitéis, os lo prometo, si queréis ser... Cesárea calló como si no se atreviera a pronunciar la siguiente palabra.

—Putas, dilo, putas.

—Putas, sí, putas. Tendréis un buen burdel, y si no, tendréis una buena casa para servir o algún trabajo decente. Yo me encargaré,

conozco a gente, mi padre tiene negocio en Zaragoza. Pero dejadme bajar, por favor, voy a buscarlo.

¿a tu marido?

—Claro.

tu marido está muerto  
con la lengua fuera, hinchada. Mañana hinchada

—¡Callad! ¿No os dais cuenta? ¡Está enamorada! Me sorprende, pero parece ser que sí, que lo está, enamorada —Helena lo dijo marcando las sílabas y provocando las risas de las otras y que el mulo, sorprendido, levantara las orejas—. ¡En los tiempos que corren, en tiempos de guerra! ¡Qué locura!

—¿Locura? No.

—¡Pero si los hombres, ahora, solo piensan en matar y después de matar en violar y después de violar en que se la comamos mientras piensan en volver a matar y violar!

Las tres de adentro, al unísono, simularon con sus gestos una felación al tiempo que asentían.

—¿Cómo te llamas?

—Cesárea.

—Yo soy Helena y estas mamarrachas son Ana, Jacinta y Pilarica. Ahora dime: ¿a cuántos ha matado tu marido? Y descríbeme su polla, seguro que la reconocemos.

oh, se corrió en mis tetitas  
¡sabroso!  
calentito

—No seas ilusa —continúo Helena—, el amor es un lastre que no deja pensar. Mírate, dispuesta a que te violen. No te han violado nunca, ¿verdad? O a que te maten, o las dos cosas, una tras otra

o a la vez, que te maten será lo de menos. Y por nada. Olvidalo, está muerto, seguro, y el muerto al hoyo, el vivo al bollo y, si paga, a este coño.

Cesárea negaba con la cabeza, silenciosa, como su vacío.

—Y si no está muerto hoy, lo estará mañana. De pasado mañana no pasa. Tus promesas, sinceras, sí, seguro, te acabamos de salvar la vida, pero no son más que humo en estos tiempos; si quieres pagarnos el favor, que no estás obligada, que quede claro, habrá de ser con tu coño.

—¡No, no, nunca, eso nunca! ¡Yo no soy como vosotras!, ¡yo no soy puta!

yonosoyputa yonosoyputa  
mi coño solo para mi maridito  
o para mi dedito, uy no, que es pecado

—¡Antes me muero de hambre y me sacan los ojos los buitres que hacer eso! Y sí, estoy enamorada. Y sí, solo para mi esposo. Y tanto me da si ha matado o no. Ha matado, seguro, ¡es un soldado! Y si ha estado con vosotras espero que se lo hayáis hecho pasar bien.

sí, se corrió en mis tetitas  
un buen chorro  
qué gusto me dio

—¡Voy a ir a buscarlo, si es necesario hasta el último rincón de esta tierra de campesinos locos, asesinos, absolutistas y facciosos!

Cesárea hizo una pausa y comenzó a sollozar. De pronto dejó de hacerlo e irguió la cabeza.

—Y si lo encuentro muerto le lloraré, le enterraré y le guardaré luto. Pero si está prisionero, lo liberaré y si ha conseguido huir le abrazaré, besaré y me entregaré a él y seguirá luchando y matando y yo seguiré sufriendo. Le quiero, aunque sea una locura, aunque

estemos en guerra. Que me maten si quieren y aún le querré.

oh, qué hermoso discurso  
pues sí, está enamorada  
qué error, de un hombre

—Te aseguro que si ha estado con uno de estos cuatro chochos se lo ha pasado en grande. Nadie se ha ido nunca descontento, ¿verdad, chicas?

a uno no se le levantó con Pilarica  
como que estamos aquí

—No te entiendo, mujer, aunque..., quizás... Me parece recordar que yo también me enamoré una vez, siendo moza, por suerte se me pasó un poco antes de abortar y un poco después de haber tenido que marchar de casa.

¡eh, que estaba borracho y era viejo!

—¿Queréis callar? A una legua de aquí hay un convento abandonado junto al camino. Pararemos. Descansaremos. Quien pueda que duerma y quien no pueda que consulte sus miserias con la almohada o con lo que sea. Mañana será otro día. Quién sabe si mejor.





## CAPÍTULO 2

24 de agosto de 1837, ermita Virgen de los Navarros,  
Herrera de los Navarros

*«Señora: Los que tienen un corazón castellano no pueden olvidar jamás á la que es madre de su reina: el fuego de los combates y los infortunios todos, no entibian el amor que profesan á S. M. los oficiales del ejército español. Prueba será de ello el que suscribe que acosado por la desgracia en poder de un bando sanguinario y no siendo posible esgrimir la espada que le habían arrancado, determinó escribir esta narración para que llegase algún dia á sus reales manos».*

(Del diario de don Juan Manuel Martín, subteniente del Regimiento de Infantería Córdoba)

La muerte en el campo de batalla es anónima, amontonada, promiscua y productiva; además, siempre llena de arena sepulcral los ojos de los cadáveres, ya que no hay suficientes dedos caritativos que cierren tantos párpados cargados de sorpresa resignada. Y aun así el que ya es finado tiene suerte.

En aquel atardecer se presagiaba una lucha nocturna y tenaz entre sepultureros obligados por órdenes superiores y buitres hambrientos y expectantes; entre agonizantes y sanitarios; entre quejidos y silencios; entre madres, hijos y esposas o novias prontas a ser plañideras y la esperanza; entre sueños y haciendas desvanecidas.

La muerte iba a apropiarse del silencio de la noche tal y como había hecho de la canícula del mediodía con su estruendo de ca-

ñones, disparos y bayonetazos. La muerte se entrelazaba amorosa con el ocaso aquel día de finales de agosto. El cielo enrojecido era el reflejo de un río sanguinolento que brotaba de cada herida, de cada mutilación, de cada futuro desperdiciado.

Pura crueldad y humillación. Nos han traído aquí para que seamos conscientes de la verdadera magnitud de nuestra derrota y para que veamos la agonía de nuestros compañeros. Y sus cadáveres.

Juan Manuel Martín, subteniente del Regimiento Córdoba, sentado sobre su macuto notó como la mano de Luis, el más pequeño de los dos hijos del coronel Pusiol, barbilampiño, alto y desgarbado, que tan solo hacía un mes que había recibido sus galones de teniente en la academia militar, se posaba sobre su hombro y, por un momento, creyó que había hecho aquella reflexión en voz alta.

Pero allí, en aquel pico presidido por una ermita, lo único que él escuchaba eran sus lágrimas: las oía recorrer sus mejillas y caer en la pechera de su casaca con mucho mayor estruendo que los gritos de júbilo de los carlistas, que los insultos que les proferían y que los vítores al rey Carlos, los «muerte a la usurpadora» y los vivas a la Inquisición y a Dios.

El subteniente tardó en reaccionar a aquel contacto. Sus manos ensangrentadas de amigos y enemigos se habían adherido a sus sienes como con savia reseca y pegajosa y sus ojos lastrados se negaban a abandonar el suelo.

Derrota.

Un buen número de cristinos se habían refugiado en aquella ermita como último reducto de resistencia.

Escasa.

Inútil.

Suicida.

En esas rocas, semejantes a cuchillas que habían atravesado la tierra de dentro hacia afuera, colocaron un buen número de cadáveres como si de un muestrario se tratara, uno de sangre y entrañas. Allí llevaron los vencedores a los oficiales isabelinos apresados para que vieran el botín que presentaba el vencedor.

Propiedad de la victoria.

Derrota.

Como la plomada con la que Juan Manuel, de pequeño, ayudaba a su padre: albañil y matarife en un pueblo de Córdoba, apuntaba al suelo y buscaba la vertical balanceándose cada vez con menos recorrido; así, esa palabra le carcomía el equilibrio y el honor de soldado. Tardó, pero la plomada y la palabra se detuvieron, al fin, apuntando al centro de la tierra.

De la ignominia.

Levantó la vista hacia Luis.

¿Dónde se han quedado tus facciones infantiles? Aún las tenías esta mañana.

—¿Tu hermano Alejandro, el capitán? —le preguntó el subteniente.

Luis sonrió a pesar de todo e hizo un gesto con la cabeza hacia su derecha.

—¿Y tu padre, el coronel? —Luis volvió a sonreír y volvió a ladear la cabeza—. ¿Heridos? —volvió a preguntar Juan Manuel.

—Sin importancia.

—¿Tu tío, Pedro?

—De él no sé nada —Luis se encogió de hombros y agachó la mirada

—¿Tú?

—Sin importancia.

Miraron de nuevo al barranco, al maldito barranco, al pinar, a la

ladera, a los muertos, a los casi muertos, a los sembrados sembrados de muertos.

—Dicen que más de mil. Esto no lo enseñan en la academia.

—No, mi teniente. Y algunos, fíjese usted, aún no han muerto. La verdad es que no sé si lo hacen por piedad o por ensañamiento.

Lo que parecían ser dos oficiales médicos carlistas pateaban al azar los cuerpos de soldados liberales desparramados por el campo de batalla y después diagnosticaban según si veían alguna reacción o no.

vivo  
muerto  
vivo  
muerto  
vivo

Detrás un par soldados con la boina roja calada hasta las orejas y la casaca azul desabotonada remataban de un bayonetazo al declarado vivo. Muchos de los considerados muertos y también muchos de los obviados envidiaban, en su agonía, al que acababan de rematar.

—Por allí, por donde pasan ahora, ha caído el *Trampas*. Se quedó sin ases en la manga.

—Y sin intestinos. Lo vi morir —Luis amagó una mueca de dolor ajeno.

—Tramposo, pero valiente como ninguno. Murió con honor y matando.

Esparcidos por todo el barranco, un centenar más de soldados y algún oficial enardecido continuaban clavando machetazos por pura diversión a este o a aquel cuerpo mientras recogían, entre carcajadas, su botín de guerra: insignias, botas, balas, fusiles, testículos, orejas, mantas. De cuando en cuando, alzando uno de esos trofeos ensangrentados en el aire, gritaban: ¡A Madrid, a Madrid!

Juan Manuel se levantó dando la espalda a aquel espectáculo y abrazó al joven Pusiol buscando en él y con él un complot de supervivencia. Después se fueron con el resto de los oficiales, alrededor de

un centenar, que intentaban asimilar lo ocurrido entre miradas estupefactas y temerosas. Apoyados en las paredes de la ermita, en el pequeño murete que la rodeaba o en el suelo rocoso, buscaban respuestas interrogándose el uno al otro con la mirada. Un nombre corría entre ellos: el del general Oraá, su ausencia y la ausencia de sus hombres, de sus fusiles, sus jinetes, sus cañones, de esa ayuda que no llegó. Y la gran pregunta: ¿no venían desde Daroca? Todos sabían que el brigadier Buerens había enviado dos emisarios reclamando ayuda.

—Mi hermano Pedro y el capitán Antúnez. Los interceptaron a unas leguas de aquí —explicó el coronel Juan Pusiol con voz queda recordando el momento en que ambos salían al galope con la misiva de socorro. Después miró apenado a sus hijos, desconocedores aún de la suerte de su tío.

—¿Y Buerens?, no lo veo —le preguntó Alejandro, el mayor de sus hijos, tras un leve silencio.

—Ha huido hacia Azuara, supongo que a Belchite. Con... quizás un centenar más de sus hombres.

—Debería haber esperado órdenes —protestó Alejandro todavía con lágrimas en los ojos.

—Las tenía. De no atacar hasta la llegada de Oraá.

—¿Entonces?

—No lo sé, Luis —su hijo menor acababa de sentarse a su lado junto al subteniente Juan Manuel Martín—. Parecía que el enemigo huía. Quizás se envalentonó. Él o alguno de sus oficiales. Alguien cayó en la provocación y de pronto... Ya lo sabéis: ha empezado todo y todo ha empezado a ir mal. Nos han rodeado y, no sé cómo ni por qué, hemos acabado en aquel barranco.

—¡Dejaos de chácharas inútiles! —intervino el brigadier Solano, que estaba yendo y viniendo entre sus hombres—. Ha ocurrido y ya está, hemos pasado de luchar a ser prisioneros, eso es todo —después continuó su camino interesándose por los heridos.

El coronel Juan Pusiol y los que le rodeaban callaron ante la autoridad de la voz y la fuerza del grado del brigadier.

Pero continuaron los gritos de dolor y agonía en la ermita, los

de los oficiales heridos a los que se les extraían balas o amputaban miembros o cosían heridas o, sin más, morían a la espera de o durante la operación.

Los oficiales tenían una esperanza: el cirujano que estaba bañándose en sangre e intentando salvar la mayor cantidad de vidas posibles con la ayuda, en eso confiaba, de la Virgen de Herrera, patrona de ese improvisado hospital. Incluso el brigadier Solano esperaba su turno como uno más, a pesar de ser el oficial de mayor rango, y cuando le tocaba ser atendido daba un paso atrás para dejar escalpelo y sutura a un teniente o un capitán o un subteniente. Su sangre no era más importante que la de cualquiera de sus subordinados, desangrarse no se desangraría y una infección era algo que dependía del azar.

La soldadesca tan solo tenía esperanza si podía caminar por sí misma. En ese caso eran conducidos al inicio del barranco en el que se había librado la parte más cruenta de la batalla. Al inicio de esa ratonera, al final de las malas decisiones de Buerens. Allí improvisaban vendajes y torniquetes con sus uniformes o sus trinchas mientras veían pasar en carretas a los que ellos habían herido hacia los hospitales y casas de los pueblos cercanos.

Cirujanos a destajo.

La noche iba a ser larga.

Y estrellada.

La oscuridad, poco a poco, se tragó la tragedia mientras los susurros de los derrotados buscaban explicaciones entre antorchas y lámparas de aceite. Las luces de allá abajo trabajaban sin cesar despojando de armas, munición, enseres y dignidad a los muertos.

Las estrellas recorrían el barranco, hacia ese infinito dirigía la mirada Juan Manuel.

Mañana será el mismo día, aunque mucho me temo que peor.